

Quando leoni  
Fortior eripuit vitam leo? quo nemore unquam  
Exspiravit aper majoris dentibus apri<sup>1</sup>?

Sin embargo, las luchas no les son completamente ajenas, como lo prueban las furiosas acometidas de las abejas y las empresas de los príncipes de los dos ejércitos enemigos:

Sæpe duobus  
Regibus incessit magno discordia motu;  
Continuoque animos vulgi et trepidantia bello  
Corda licet longe præsciscere<sup>2</sup>.

Jamás leo esta divina descripción sin ver en ella estereotipada la absurda vanidad del hombre, pues esos movimientos guerreros que nos embargan á causa de su horror y espanto; esa tempestad de gritos y alaridos;

Fulgur ibi ad cælum se tollit, totaque circum  
Ære renidescit tellus, subterque virum vi  
Excitur pedibus sonitus, clamoreque montes  
Ieti rejectant voces ad sidera mundi<sup>3</sup>;

ese espantoso concierto de tantos millares de gentes armadas de tanto furor, tanto ardor, tanto valor reunidos, son casi siempre movidos ó detenidos por causas vanas é insignificantes:

Paridis propter narratum amorem  
Græcia Barbariæ tiro collisa duello<sup>4</sup>:

toda el Asia se perdió y consumió en guerra á causa de la mujeriega chismografía de Paris: la voluntad de un solo hombre, el despecho, el placer, los celos domésticos, razones, en fin, que ni siquiera debieran impulsar á arañarse á dos vendedoras de sardinas, son la causa primordial de alteraciones enormes y trastornos colosales. Los mismos promovedores y actores de las guerras nos lo declaran; oigamos al emperador más grande, al más poderoso, al más victorioso que jamás haya existido, y veremos cómo se burla y toma á risa, ingeniosísima y graciosamente, muchos combates de mar y tierra en los que expusieron ó perdieron la vida quinientos mil hombres, que siguieron la fortuna del emperador y agotaron la riqueza de dos mundos por coadyuvar á sus empresas:

y á quien fuera más necesaria, tienen entre sí entrañables odios y discordias. FR. LUIS DE GRANADA, *Guía de pecadores*, lib. II, cap. IX.

1. ¿Vióse alguna vez que un león desgarrara á otro menos fuerte? ¿En qué selva feneció un jabali bajo el diente de otro más vigoroso? JUVENAL, XV, 160.

2. Muchas veces la discordia surge violenta entre dos reyes, y entonces se puede comprender que los bandos se hallan agitados por el deseo de guerrear. VIRGILIO, *Georg.*, IV, 67.

3. Hasta el cielo llega el brillo del acero bajo el cual, como bajo una inmensa coraza, la tierra retiembla oprimida por el peso de las falanges guerreras puestas en marcha; y los montes elevan hasta los astros sus clamores de guerra. LUCRECIO, II, 325.

4. Cuéntase que el amor de Paris impulsó á Grecia á entrar en guerra contra los bárbaros. HORACIO, *Epist.*, I, 2, 6.

Quod fuit Glaphyran Antonius, hanc mihi pœnam  
Fulvia constituit, se quoque uti futuam.  
Fulviam ego ut futuam! quid, si me Manius oret  
Pœdicem, faciam? non puto, si sapiam.  
Aut futue, aut pugnemus, ait. Quid, si mihi vita  
Carior est ipsa mentula? signa canant<sup>1</sup>.

(Empleo mi latin con harta libertad, aprovechando el consentimiento que me habéis otorgado<sup>2</sup>); de suerte que ese monstruo de aspectos y movimientos tan vistosos, que parece amenazar el cielo y la tierra:

Quam multi libyco voluntur marmore fluctus,  
Sævus ubi Orion hibernis conditur undis,  
Vel quam sole novo densæ torrentur ariste,  
Aut Hermi campo, aut Lyciæ flaventibus arvis;  
Scuta sonant, pulsuque pedum tremite excita tellus<sup>3</sup>

esa hidra de tantos brazos y cabezas no es, en conclusión, sino el hombre siempre débil, calamitoso y miserable: un hormiguero revolucionado,

It nigrum campis agmen<sup>4</sup>:

un soplo de viento contrario, el cruce de una banda de cuervos, el tropiezo de un caballo, el paso casual de un águila, una soñación cualquiera, una voz, una señal, la bruma de la mañana, bastan para dar con él por tierra. Lanzadle un rayo de sol á los ojos y al punto le veréis aturrido; arrojadle un puñado de polvo á la vista, como á las abejas de que habla el poeta, y al instante todas nuestras banderas, todas nuestras legiones perderán la brújula, sin exceptuar siquiera la del gran Pompeyo, pues si la memoria me es fiel, Sertorio le venció en España ayudado de tan débiles armas, que también emplearon Eumeno contra Antigono y Surena contra Craso:

Hi motus animorum, atque hæc certamina tanta,  
Pulveris exigui jactu compressa quiescent<sup>5</sup>.

Láncese contra él una turba de abejas y estos animalillos acabarán con su fuerza y con su arrojo. Sitiando poco ha

1. Porque Antonio se prendó de Glafira, Fulvia se empeña ahora en que yo la be de amar. ¡Que yo ame á Fulvia! ¿Cómo? Si Manio me pide que cometa una necedad, ¿he de acceder al punto á sus deseos? no creo que supiera. Me brindan con amor ó guerra, ¿qué es esto? Mejor será pensar en algo más aguariable. Que enenen las trompetas, que siga la fiesta. (Epigrama de Augusto conservado por Marcial.)

2. Créese que este largo capítulo lo dedicó Montaigne á la reina Margarita de Francia, esposa del rey de Navarra (más tarde Enrique IV), conocida por sus poesías y sus Memorias.

3. Como el mar de Libia agitado por las tempestades cuando el implacable Orion se sumerge en él á la llegada del invierno; ó bien como los campos fecundos del Hermo ó de Licia, cubiertos de espigas tostadas por el sol estival, así resuenan las armas y la tierra retiembla bajo el peso de los ejércitos. VIRGILIO, *Eneida*, VII, 718.

4. El obscuro enjambre marcha por la llanura. VIRGILIO, *Eneida*, IV, 404.

5. Todas estas agitaciones, todas estas luchas cesarian arrojando sobre los combatientes un puñado de polvo. VIRGILIO, *Georg.*, IV, 86.

los portugueses la ciudad de Tamly, en el territorio de Xiatime, los moradores de aquella condujeron á la muralla gran número de colmenas, que en el país abundan, y por medio de fuego las arrojaron tan diestramente contra sus enemigos, que éstos se vieron obligados á abandonar su empresa, no pudiendo soportar los asaltos y picaduras. Con tan ingenioso medio defendieron su ciudad y ganaron la libertad, y la buena fortuna hizo que concluido el combate no faltara ni una sola abeja en su panal. Las almas de los emperadores y las de los zapateros de viejo provienen del mismo molde; al considerar la trascendencia de las acciones de los príncipes, el peso é influjo de las mismas, pensamos acaso que son el resultado de alguna fuerza igualmente trascendental, pero nos equivocamos de medio á medio; los monarcas son guiados en sus actos por idénticos resortes que nosotros en los nuestros; la misma razón que nos indispone con el vecino ocasiona entre dos príncipes una guerra; si el motivo que nos impulsa á castigar á un lacayo lo experimenta un soberano, arruina al punto una provincia; su voluntad es tan ligera como la nuestra, pero su poderío mayor. Análogos son los apetitos que mueven á un insecto microscópico, que los que agitan á un elefante.

En punto á fidelidad todos los animales aventajan al hombre. Ninguno hay que le supere en malas artes. Nuestros cronistas hablan del encarnizamiento con que algunos perros vengaron la muerte de sus amos. El rey Pirro encontró un perro que custodiaba el cadáver de un hombre, y habiéndole dicho que el animal llevaba tres días sin moverse de aquel lugar, mandó que dieran sepultura al muerto y se llevó el perro consigo. Un día que el monarca asistía á las maniobras de su ejército, el animal vió á los matadores de su amo, corrió tras ellos en medio de grandes ladridos, lleno de rabia, y por este primer indicio preparó la venganza de la muerte, que la justicia se encargó de castigar. Otro tanto hizo el perro del poeta Hesiodo, denunciando á los hijos de Ganystor de la muerte que habían cometido en la persona de su amo. Otro perro que guardaba un templo de Atenas vió á un sacrilego ladrón que se llevaba las joyas más valiosas; ladró al malhechor, pero como los guardianes no se despertaron siguió tras él, y cuando amaneció se apartó un poco sin dejar de perderle de vista ni un momento: cuando el ladrón le daba de comer nada quería recibir de su mano, pero á los demás que encontraba en su camino los acariciaba moviendo la cola y aceptaba cuanto le ofrecían; si el ladrón se detenía para dormir, el perro se paraba en el lugar mismo; y por fin, como los guardianes tuvieran noticia del animal, se informaron de sus señas, siguieron sus huellas, y dieron con él en la ciudad de Cromyón y con el ladrón también, á quien

condujeron á la ciudad de Atenas, donde fué castigado. En reconocimiento de los buenos oficios del can, los jueces ordenaron que fuese en adelante mantenido á expensas del erario, y que los sacerdotes cuidaran de él. Plutarco refiere este hecho como verídico y dice que ocurrió en su siglo.

Cuanto á la gratitud bastará citar el caso que refiere Apión<sup>1</sup> como testigo ocular. Un día que se celebraba en Roma para divertimento del pueblo un combate de fieras, principalmente de leones de gran altura, se vió uno entre los demás que por su furiosa actitud, fuerza y grosor de sus miembros y rugido soberbio y espantoso, atraía la atención general. Entre los esclavos que comparecieron ante el pueblo en esta lucha de fieras hubo uno de Dacia, llamado Androclo, que pertenecía á un cónsul romano. Tan luego como el león lo vió, se detuvo de pronto, cual si hubiera sido ganado por una sorpresa repentina, y luego se le acercó muy despacio, blanda y apaciblemente, como para reconocerle con mayor seguridad; luego que se hubo bien asegurado de quién era, empezó á mover la cola, como hacen los perros que acarician á sus amos, y á besar y lamer las manos y los muslos del pobre esclavo, transido de espanto y loco de miedo. Androclo recobró la calma por la benignidad del león, y la tranquilidad por haberle reconocido; entonces se acariciaron é hicieron fiestas de tal suerte que era el verlos un contento singular. El pueblo daba gritos de alegría; el emperador mandó llamar al esclavo para que le explicase la causa de un acontecimiento tan portentoso, y entonces Androclo relató la admirable historia siguiente:

«Cuando mi amo era procónsul en Africa me vi obligado á abandonarle por la crueldad y malos tratos que conmigo empleaba; todos los días daba orden de que me azotaran, así es que me vi precisado á escapar de la presencia de un personaje que tanta autoridad tenía en la provincia, y el medio más fácil que encontré á mano fué trasladarme á las soledades y parajes arenosos é inhabitables de aquel país, resuelto, si los medios de subsistir me faltaban, á darme la muerte. Como el sol es abrasador á la hora del medio día y el calor insufrible, encontré una caverna oculta é inaccesible é hice de ella mi guarida; no tardé mucho en recibir la visita de un león con una garra ensangrentada y herida, que se quejaba y gemía de los dolores que sufría. Cuando le vi entrar tuve mucho miedo, pero el animal viéndome oculto y atemorizado en un rincón de su vivienda, se me acercó con dulzura extrema, presentándome su garra herida y mostrándomela cual si me pidiera que se la curase; entonces le extraje una gruesa astilla que tenía incrustada, y como me hubiera familiarizado con él un poco, le oprimí la

1. AULO GELIO, V, 14. — Séneca (*de Benef.*, II, 49) parece recordar el mismo suceso. (J. V. L.)

herida, la lavé y la sequé del modo que mejor me fué dable. El león, sintiéndose mejor de su mal y aliviado del dolor, se durmió con la pata entre mis manos. De entonces en adelante vivimos juntos en la caverna por espacio de tres años, alimentándonos con la misma carne, pues de los animales que mataba en sus cacerías me dejaba los mejores pedazos, que yo guisaba con el calor del sol, á falta de lumbre, y que me servían de sustento. Como andando el tiempo me cansara de una vida tan animal y salvaje, un día que como todos los demás había salido á sus cacerías, me alejé de la caverna, y cuando habían trascurrido tres, fui sorprendido por los soldados, que me condujeron del África á esta ciudad y me pusieron en manos de mi señor, quien me condenó á perecer entre las garras de las fieras. En conclusión; á lo que yo veo, el león fué cazado poco tiempo después y hoy ha querido recompensarme de la cura que le hice y de los auxilios que le presté.»

Tal fué el sucedido que Androclo refirió al emperador y luego al pueblo, siendo puesto en libertad á petición de todos y absuelto de su condena: por voluntad general se le hizo presente del león. Vióse luego, dice Apión, al esclavo conduciendo su león con una cuerda pequeña, como se lleva á un perrillo, paseándole por las tabernas de Roma, en las que le daban dinero; el león se dejaba cubrir con las flores que le arrojaban, y todos exclamaban al verlos: «¡He aquí el león huésped del hombre; he aquí el hombre que curó al león!»

Lloramos frecuentemente la pérdida de los animales á quienes profesábamos cariño; otro tanto hacen ellos cuando nosotros fallecemos:

Post, bellator equus, positus insignibus, Æthon  
 Il lacrymans, guttisque humectat grandibus ora <sup>1</sup>.

Hay pueblos en que las mujeres pertenecen á varios hombres, y otros en que cada individuo tiene la suya; lo propio se ve en los animales y la fidelidad marital mejor guardada que en el género humano. En punto á la confederación y unión <sup>2</sup> que mantienen entre sí para socorrerse y auxiliarse, vense bueyes, cerdos y otras especies que al grito del ofendido toda la cuadrilla acude en su ayuda y se une para defenderle; cuando el escarabajo traga el anzuelo del pescador, sus compañeros se reúnen en gran número alrededor de él, y roen y parten la caña; si ocurre que alguno cae en la red, los otros le presentan la cola por fuera, el prisionero

<sup>1</sup> Detrás marcha soberbiamente enjaezado su corcel de guerra Æthon dando relinchos lastimeros, con la cara bañada en lágrimas. VIRGILIO, *Éneida*, XI, 39.

<sup>2</sup> Primeramente, considera que aun los animales brutos, por la mayor parte viven en paz con los de su misma especie. Los elefantes andan juntos con los elefantes y las ovejas con sus rebaños; los pájaros vuelan en bandos; las grullas se revezan para vela de noche y andan en compañía: lo mismo hacen las cigüeñas, los ciervos, los delfines y otros muchos animales. FR. LUIS DE GRANADA, *Guía de Pecadores*, lib. II, cap. IX.

la estrecha cuanto puede y así le arrastran hacia fuera á dentelladas hasta que consiguen librarle. Los barbos, cuando uno de sus compañeros es atrapado, se colocan los demás la caña contra el espinazo, y sacan un pincho armado de dientes como una sierra, con la ayuda del cual la cortan. Cuanto á los particulares servicios que nos prestamos en la vida, lo propio puede verse entre los animales en muchas especies. Cuentan que la ballena nunca va sola, sino que la precede un pececillo semejante al gobio de mar, que por eso se llama *guta*; la ballena le sigue dejándose guiar en línea recta ó en redondo, con la misma facilidad que el timón hace girar al navio. En recompensa de tal servicio, el cetáceo no hace daño alguno al pececillo, que duerme en su boca con seguridad completa; sabido es que todo cuanto entra en las fauces de este monstruo, lo mismo un animal que un buque, es al punto deglutido. Mientras el animalillo permanece dormido la ballena no se mueve, y tan pronto como sale al agua, el cetáceo le sigue sin detenerse; si acontece que le pierde de vista, el animal va errando por todas partes y á veces choca contra las rocas como un barco sin timón. Plutarco da testimonio de haber visto esto en la isla de Anticyre. Parecida unión existe entre el pajarillo llamado reyezuelo y el cocodrilo; el primero sirve al segundo de centinela, y cuando su enemigo el icneumon se acerca para combatirle, el pajarillo, temiendo que le sorprenda dormido, le despierta con su canto y con el pico para advertirle del peligro; vive de los restos de las comidas del cocodrilo, que le da asilo familiarmente en su boca, y le permite picotear en sus mandíbulas y en sus dientes para que recoja los pedacitos de carne que le quedaron; cuando el cocodrilo quiere cerrar la boca, el pajarillo lo advierte, porque la va cerrando poco á poco para no causarle daño. La concha que llaman nácar vive de modo análogo con el pinotero, que es un animalillo semejante á él y le sirve como de hujier y portero, colocado en la abertura de las valvas, que mantiene siempre entreabiertas hasta que ve entrar algún pececillo propio á su nutrición; entonces él se interna, va picando la carne viva y la obliga á cerrar las valvas; luego los dos juntos comen la presa así encerrada. En la manera de vivir de los atunes se advierte una ciencia singular de las tres partes de la matemática, y en punto á astrología estos animales la enseñan al hombre, pues se detienen en el lugar en que el solsticio de invierno los sorprende, y no se mueven hasta que llega el equinoccio siguiente; por esta razón Aristóteles mismo los suñe competentes en astronomía. En cuanto á la geometría y aritmética, estos animales construyen siempre sus cuadrillas en forma cúbica, cuadrada por todas partes, de suerte que forman un cuerpo de batallón sólido, cerrado alrededor, con

seis caras iguales; nadan luego en esta disposición cuadrada, tan ancha atrás como delante, de suerte que quien ve una y cuenta un rango puede fácilmente contar los demás, porque la profundidad es igual á la anchura y ésta á la longitud.

En punto á magnanimidad es difícil probarla mejor que citando el ejemplo de un perro enorme que fué enviado de las Indias al emperador Alejandro; presentáronle primeramente un ciervo para que luchara con él, luego un jabali, después un oso, y no hizo ningún caso de ellos, ni siquiera se dignó moverse del lugar en que se encontraba; pero apenas hubo visto un león se levantó al punto, dando con ello á entender claramente que sólo al último consideraba digno de sostener la lucha. En lo tocante al arrepentimiento y reconocimiento de las faltas cometidas, refiérese que un elefante, habiendo dado muerte al que le cuidaba, empujado por la cólera, sintióse acometido de una tristeza tan intensa que se resistió á comer, dejándose morir de hambre. En punto á la clemencia refiérese de un tigre, el más inhumano de todos los animales, á quien dieron un cabrito para que lo devorase, que pasó dos días sin comer antes de decidirse á tocarlo, y al tercero rompió la jaula en que estaba encerrado para buscar otras provisiones por no querer devorar el animal que le presentaban, que era su amigo y huésped. Y por lo que se refiere á la amistad que se engendra por el trato entre los animales, ordinariamente nos acontece ver reunidos gatos, perros y liebres.

Pero lo que la experiencia enseña á los que viajan por mar, —principalmente por el mar de Sicilia,— sobre la condición de los alciones sobrepasa cuanto el humano entendimiento pueda idear; ¿de qué otra especie animal honró jamás la naturaleza los partos, el nacimiento y la manera de criarse? Cuentan los poetas que una sola isla, la de Delos, que flotaba sobre las aguas, se afirmó para coadyuvar á la procreación de Latona; pero el Criador de todas las cosas hizo que el mar todo se detuviera, afirmara y aplanara, sin olas, vientos ni lluvias, mientras el alción engendra á sus pequeñuelos, precisamente cerca del solsticio, el día más corto del año; y por virtud de tan privilegiado animal tenemos siete días y siete noches en lo más crudo del invierno en que nos es dable navegar sin peligro alguno. Las hembras no reciben otro macho que el suyo propio, y le asisten toda la vida sin abandonarle jamás; y si cae enfermo ó se inutiliza, cargan con él, le llevan por todas partes y le auxilian hasta la hora de la muerte. Mas nadie ha podido conocer todavía la naturaleza de la maravillosa construcción con que el alción fabrica el nido de sus pequeñuelos ni adivinar los materiales de que se compone. Plutarco<sup>1</sup>, que

1. PLUTARCO, *Qué animales son los más avisados* (c. xxxiv); al mismo libro

vió y tocó algunos nidos, cree que es con las espinas de algún pez como el alción une, liga y entrelaza, colocando unas á lo largo, las otras de través, proveyéndolo de curvas y redondeces, de tal suerte que forma un barco redondo presto á navegar. Tan luego como la construcción termina, el alción lo somete á la prueba de las olas, en el punto donde el mar, sacudiéndolo sin violencia, le hace ver las partes que no fueron sólidamente ligadas, y fortifica la en que advierte que su estructura flojea y se deshace por el choque de las ondas. Por el contrario, los puntos que están bien unidos se fortifican y constriñen mérced al sacudimiento del agua, de tal suerte que no pueden romperse ni deshacerse ó deteriorarse á pedradas ni con el hierro, si no es con mucho trabajo. Más digna de admirarse todavía es la disposición y figura de la concavidad, pues está formada y dispuesta de manera que no puede recibir ni contener otra cosa que el ave que la edificó; á todo lo demás es impenetrable, cerrado y firme, de tal modo que nada puede meterse dentro, ni siquiera el agua del mar. He aquí una descripción clara, sacada de una obra que merece crédito, pero que no acaba de hacernos ver claramente las dificultades de tal arquitectura, así que podemos concluir que es inexplicable el sentimiento vano que nos hace considerar como inferior é interpretar desdeñosamente lo que no somos capaces de imitar ni de comprender.

Para llevar todavía un poco más lejos la correspondencia y semejanza que existe entre nuestras acciones y las de los animales, diré que como el hombre, poseen el privilegio, de que nuestra alma se glorifica, de acomodar á su condición cuanto concibe, despojando de cualidades mortales y corpóreas cuanto á ella llega; el de ordenar las cosas que estima dignas de unirse al espíritu, desligándolas de sus cualidades corruptibles y dejarlas aparte como cosa superflua y material, tales como espesor, longitud, profundidad, peso, color, olor, dureza, suavidad, blandura y todos los accidentes sensibles, para acomodarlos á su condición espiritual é inmortal. Así, por ejemplo, las ciudades de Roma y París, que mi alma se representa tales cuales son, puede concebirlas sin magnitud ni lugar, sin piedras, yeso ni madera: de idéntica facultad parece que los animales gozan, pues un caballo acostumbrado al sonido de las trompetas, á oír el disparo de los arcabuces y el choque de las armas en los combates, á quien vemos agitarse y temblar estando dormido, extendido sobre su lecho, cual si estuviera en medio de la pelea, es seguro que concibe un sonido de tambor sin oírlo y un ejército sin que vea armas ni soldados:

pertenecen igualmente muchas de las relaciones que Montaigne trae á cuento en estas páginas en alabanza de la inteligencia y virtudes de los irracionales.— Véase también PLINIO, *Historia de los animales*, IX, 16.

Quippe videbis equos fortes, quum membra jacebun  
In somnis; sudare tamen, spirareque sæpe,  
Et quasi de palma summas contendere vires <sup>1</sup> :

la liebre, que un galgo imagina en sueños, tras la cual le vemos jadeante, levantar la cola, sacudir las patas y representar á maravilla los movimientos de la carrera, es una liebre inmaterial, sin huesos y sin piel:

Venantumque canes in molli sæpe quiete  
Jactant crura tamen subito, vocesque repente  
Mittunt, et cerebrâs reducunt naribus auras,  
Et vestigia si teneant inventa ferarum :  
Expergefactive sequuntur inania sæpe  
Cervorum simulacra, fugæ quasi dedita cernant;  
Donec discussis redeant erroribus ad se <sup>2</sup> :

los perros guardianes que vemos gruñir cuando sueñan, y después ladrar y despertarse sobresaltados, como si advirtieran la llegada de algún extraño; este desconocido, que su alma divisa, es un hombre espiritual é imperceptible, sin dimensiones, color ni ser :

Consueta domi catulorum blanda propago  
Degere; sæpe levem ex oculis volucramque soporem  
Discutere, et corpus de terra corripere instant,  
Proinde quasi ignotas facies atque ora tuantur <sup>3</sup> .

Por lo que á la belleza corporal respecta, antes de considerarla, sería preciso saber si estamos de acuerdo en cuál es su naturaleza. Probable es que no sepamos en qué consista la belleza, así la de la naturaleza como en general, puesto que á la del hombre y á la de cada uno en particular damos tan gran diversidad de formas. Si algún precepto nos inclinara á ella, todos la reconoceríamos como reconocemos lo tangible y lo palpable; el calor del fuego, por ejemplo. Cada cual la acomoda á su inclinación :

Turpis Romano Belgicus ore, color <sup>4</sup> .

para los indios es atezada y negra, con los labios gruesos é hinchados y la nariz achatada; cuelgan éstos gruesos anillos de oro en el cartilago para que caiga sobre la boca, é igualmente acostumbran á llevar gruesos círculos incrustados de piedras finas pendientes del labio inferior para que se acer-

1. Así suele observarse que los caballos corredores se cubren de sudor y dan fuertes resoplidos durante el sueño, cual si creyeran hallarse luchando con todas sus fuerzas por obtener la victoria. LUCRECIO, IV, 988.

2. También los perros cazadores se agitan muchas veces durante el sueño y de repente se ponen á escarbar, á ladrar ó á olfatear inquietos, como si hubiesen encontrado rastros de caza, y aun llegan, movidos por la ilusión, á perseguir ciervos imaginarios que creen ver huir delante de ellos, hasta que desvanecido el fantasma comprenden que todo fué engaño y vuelven en sí: LUCRECIO, IV, 992.

3. A veces el guardián fiel y cariñoso que vive bajo nuestro techo disipa de pronto el sueño ligero que cubría sus párpados, y se pone en guardia creyendo ver una cara extraña cuyos rasgos desconoce. LUCRECIO, IV, 999.

4. El tinte de Bélgica deslucel el rostro romano. PROPERCIO, II, 17, 26.

que á la barba; la gracia más exquisita entre esos pueblos consiste en mostrar desmesuradamente la dentadura. En el Perú las orejas de mayor tamaño son las más bellas, y valiéndose de procedimientos diversos alárganlas cuanto pueden; una persona viva y sana cuenta que vió en una nación oriental el cuidado de agrandar las orejas tan acreditado, lo mismo que el cargarlas de pesadas joyas, que podía con toda facilidad meter el brazo con manga y todo por el agujero de una oreja. Otras naciones ennegrecen los dientes con superior esmero y desdeñan el verlos blancos; en otras los tienen de color rojo. No es solamente en los países vascos donde las mujeres se creen más hermosas rapándose el pelo de la cabeza; lo propio ocurre en otras partes, y lo que es más peregrino, en ciertas regiones polares, según Plinio atestigua. Los mejicanos incluyen entre las cualidades estéticas la pequeñez de la frente, y así como se cortan el pelo de las otras partes del cuerpo hacen que en la frente crezca aplicando remedios para ello; el tamaño de los pechos debe ser desmesurado y las mujeres se esfuerzan por poder ofrecérselo á sus hijos para encima del hombro. Tal cosa para nosotros sería horrible. Para los italianos la belleza corporal ha de ser gorda y maciza, para los españoles delgada y esbelta; éstos la prefieren blanda y delicada, aquéllos fuerte y vigorosa; quién exige melindres y dulzuras, quién majestad y fiereza. Así como Platón encuentra la belleza en la forma esférica, los partidarios de Epicuro la ven en la piramidal más bien, ó en la cuadrada, y no pueden transigir con un dios en forma de bola. Mas de todas suertes, en esto, como en todo lo demás, tampoco la naturaleza nos concedió ningún privilegio sobre los otros seres; y si nos consideramos bien hallaremos que si hay algunos animales menos favorecidos que el hombre en punto á belleza, hay otros y en gran número que nos aventajan, *a multis animalibus decore vincimur* <sup>1</sup>, hasta entre los que como nosotros se muevan en la tierra; pues por lo que toca á los marinos, dejando á un lado la figura, que no puede compararse por lo distinta con la nuestra, tanto se aparta en color, limpieza, pulidez, disposición, en lo demás nos ganan, como asimismo nos son muy superiores todas las aves. La prerrogativa que los poetas encuentran en el hombre por su recta estatura, que mira al cielo, ¿de donde procede?

Pronaque quum spectent animalia cetera terram,  
Os homini sublime dedit, cœlumque tueri  
Jussit, et erectos ad sidera tollere vultus <sup>2</sup> ;

1. Son muchos los animales que nos aventajan en hermosura. SENECA, *Epist.* 124.

2. En tanto que los demás animales se ven forzados á mirar hacia la tierra, el hombre fué dotado por Dios de una frente elevada para que pudiera contemplar el firmamento y alzar hacia las estrellas su rostro sereno. OVIDIO, *Metam.*, I, 84.

no puede menos de convenirse en que es más poética que verdadera, pues hay muchos animales cuya mirada se dirige exclusivamente al firmamento, y la derechura de los camellos y de los avestruces, creo que es más gallarda que la nuestra. ¿Qué clase de animales es la que no tiene la faz elevada ni mira frente á frente como nosotros, ni descubre en su posición natural así el cielo como la tierra, como le ocurre al hombre? ¿Ni qué cualidades corporales de las que nosotros tenemos y que Platón y Cicerón describen no pueden aplicarse á mil categorías de irracionales? Los que más se nos acercan son precisamente los más feos y repugnantes de toda la escala, pues así por la apariencia exterior como por el aspecto del semblante, son los monos:

*Simia quam similis, turpissima bestia, nobis!*<sup>1</sup>

interiormente y cuanto á los órganos vitales, es el cerdo. Cuando yo considero al hombre enteramente desnudo, sobre todo al sexo que parece estar adornado de cualidades más bellas, y reparo en sus tachas é imperfecciones, me convenzo de que más que ningún otro animal, hemos obrado prudentemente al cubrir nuestras fealdades. Debe perdonársenos el que nos hayamos cubierto con los despojos de aquellos á quienes la naturaleza favoreció más que al hombre, para adornarnos con su belleza, y esconderlos bajo la lana, la pluma, el pelo ó la seda. Observemos, además, que el hombre es el único animal cuyos defectos ofendan á sus semejantes y el único también que se guarda de los demás cuando practica sus actos naturales. Es también una circunstancia digna de tenerse en cuenta el que los entendidos en la materia aconsejen como un remedio eficaz en las pasiones del amor la vista al descubierto del cuerpo de la amada, y que para verter el jarro de agua fría sobre el amor baste con ver al descubierto la persona amada:

*Ille, quod obscenas in aperto corpore partes  
Viderat, in cursu qui fuit, hæsît amor*<sup>2</sup>:

y aunque tal remedio pueda proceder á veces de una condición algo delicada y fría, es una cosa que prueba nuestra debilidad el que por medio de la frecuentación y el trato lleguemos á hartiarnos los unos de los otros. No es tanto pudor, como artificio y medida prudente, lo que hace que nuestras damas sean tan circunspectas en rechazarnos la entrada en sus tocadores antes de que se hayan pintado y acalado para mostrarse en público:

1. A pesar de todas sus deformidades el mono se nos asemeja. ENNIO, *apud Cic., de Nat. deor.*, 1, 25.

2. ¡Cuántas veces el que descubrió los secretos velados por el pudor de la mujer amada sintió desvanecerse el amor junto con el misterio! OVIDIO, *de Remed. amor.*, v. 429.

*Nec Veneres nostras hoc fallit; quo magis ipsæ  
Omnia summopere hos vitæ postscena celant,  
Quos retinere volunt, adstrictoque esse in amore*<sup>1</sup>.

Nada hay en muchos animales de que no gustemos y que no plazca á nuestros sentidos; de tal suerte, que hasta de sus mismos excrementos y secreciones obtenemos no sólo manjares exquisitos, sino nuestros más ricos perfumes y nuestros ornamentos más preciados. Claro está que todo lo dicho no va sino con el común de los hombres y mujeres: sería un verdadero sacrilegio incluir á esas divinas criaturas, sobrenaturales y extraordinarias bellezas, que á veces resplandecen entre nosotros como astros, bajo una envoltura corporal y terrestre.

Por lo demás, la parte que en los animales reconocemos de los beneficios que la naturaleza les otorgó, les es más ventajosa que la nuestra: atribuímonos bienes imaginarios y sobrenaturales, bienes futuros y lejanos, de los cuales la humana capacidad no puede darse cuenta, ó beneficios que nos aplicamos falsamente, merced á la licencia de nuestro juicio, como la razón, la ciencia, el honor; á los otros seres dejamos en cambio los que sólo son materiales y palpables: la paz, el reposo, la seguridad, la inocencia y la salud, que es el más hermoso y rico presente que de la naturaleza podemos recibir; de tal suerte, que hasta la filosofía estoica declara que si Heráclito y Ferecides hubieran podido cambiar su sabiduría por la salud, y librarse con tal trueque el uno de la hidropesía y el otro de la enfermedad cutánea que le atormentaba, lo hubieran hecho de buen grado. Por donde conceden todavía mayor valor á la sabiduría, comparándola y contrapesándola con la salud, que en esta otra proposición perteneciente también á la secta estoica: si Circe hubiera presentado á Ulises dos brebajes diferentes, uno para convertir un loco en cuerdo y el otro para trocar el cuerdo en loco, Ulises hubiera aceptado el de la locura, mejor que consentido en que Circe cambiara su forma humana en la de un animal, y añaden que la propia sabiduría le hubiera hablado de esta manera: «Abandóname, déjame como estoy antes que acomodarme bajo la figura y cuerpo de un asno.» ¿Cómo? ¿esa portentosa y divina sapiencia la dejan los filósofos por esta forma corporal y terrestre? No son pues la razón, la reflexión ni el alma lo que nos hace superiores á los animales; es sí nuestra belleza, nuestra hermosa tez y nuestra bella disposición orgánica, por la cual nos precisa echar á un lado nuestra inteligencia, nuestra prudencia y todas las demás cualidades. Yo acepto de buen grado esa confesión ingenua y franca; en verdad co-

1. No corre en esto peligro nuestra pasión, puesto que la mujer sabe ocultar los secretos de su vida que pudieran destruir la ilusión del hombre, particularmente á aquellos á quienes desea sujetar y retener fieles á su amor. LUCRECIO, IX, 1182.

nocieron que aquellas prendas de que tanto nos gloriamos, no son más que fantasía vana. Aun cuando los animales tuvieran en su mano la virtud toda, la ciencia, la sabiduría y la firmeza de alma de los estoicos, no dejarían por eso de ser animales y no podrían por lo mismo ponerse en parangón con un hombre miserable, insensato y malo. En fin de cuentas, lo que á nosotros no se asemeja nada vale; Dios mismo, para alcanzar valer, es preciso que se nos asemeje, como más adelante veremos; de todo lo cual se deduce que no es por razones sólidas, sino por testarudez vana y loca por lo que nos tenemos por superiores á los otros seres y nos alejamos de su sociedad y condición.

Pero volviendo á mi propósito diré que, por nuestra parte, somos víctimas de la inconstancia, irresolución, incertidumbre, duelo, superstición, ansia por las cosas venideras, á veces aun después de nuestra vida; de la ambición, avaricia, los celos, la envidia, los apetitos desordenados, furiosos é indomables; de la guerra, mentira, deslealtad, detracción y curiosidad. En verdad hemos pagado cara la tan decantada razón de que nos gloriamos y la capacidad de juzgar y conocer, si la hemos alcanzado á cambio del infinito número de pasiones de que incesantemente somos presa, dado caso que no queramos también ensalzarnos, como hace Sócrates; de la noble prerrogativa sobre los demás animales á quiénes la naturaleza prescribió cierto límite y época en el placer venéreo, mientras que al hombre le dejó amplio campo á todas horas y en todas ocasiones. *Ut vinum cegrotis, quia prodest raro, nocet seepissime, melius est non adhibere omnino, quam, spe dubie salutis, in opertam pernicien incurrere; sic haud scio, an melius fuerit, humano generi motum istum celerem cogitationis, acumen, solertiam, quam rationem vocamus, quoniam pestifera sint multis, admodum paucis salutaria, non dari omnino, quam tam munifice et tam large dari*<sup>1</sup>.

¿Qué provecho fué el que alcanzaron Varrón y Aristóteles por el entendimiento peregrino que les adornaba? ¿Acaso los libró de las molestias humanas? ¿Eximióles siquiera de los accidentes á que está sujeto cualquier ganapán? La lógica, ¿procuróles algún consuelo contra la gota? Porque supieran que ese humor tiene su asiento en las junturas, ¿se vieron menos libres de él? ¿Aviniéronse con la muerte por saber que algunos pueblos encuentran en ella contentamiento? ¿resignáronse con la infidelidad matrimonial por tener noticia de que en algunos países las mujeres perte-

1. Del mismo modo que es preferible no dar vino á los enfermos porque, siéndoles ordinariamente nocivo, rara vez provechoso, se corre el riesgo de dañarles á cambio de la esperanza demasiado problemática de devolverles la salud, así creo también que sería preferible que no se hubiera otorgado al hombre la facultad de pensar, la comprensión, la perspicacia, en suma, lo que llamamos razón, la cual á todos nos fué liberalmente concedida y aprovecha á muy pocos siendo en cambio altamente nociva para los más. CICERÓN, *de Nat. deor.* III, 27.

necen á varios hombres? Muy por el contrario; habiendo ocupado el primer lugar como sabios, el primero entre los romanos, el segundo entre los griegos, en la época más floreciente de las ciencias romana y griega, ningún indicio tenemos de que disfrutaran de ninguna particular ventaja en el transcurso de sus vidas, antes bien, el griego tuvo que emplearse en lavar algunas manchas de la suya. ¿Hase demostrado que la salud y los placeres sean más gustosos para los que conocen la astrología y la gramática?

*Illiterati num minus nervi rigent*<sup>1</sup>?

¿y la vergüenza y la pobreza menos importunas?

*Scilicet et morbis, et debilitate carebis,  
Et luctum et curam effugies, et tempora vitæ  
Longa tibi post hæc fato meliore dabuntur*<sup>2</sup>.

Cien artesanos he conocido, y cien labradores, que fueron más prudentes y dichosos que los rectores de universidad; á los primeros quisiera yo asemejarme. Á mi juicio, la doctrina debe incluirse entre las cosas necesarias para la vida, como la gloria, la nobleza, la dignidad, ó cuando más, en la misma escala que la riqueza, la belleza y otros méritos que son de verdadera utilidad: nosotros las damos precio, no á su cualidad intrínseca. Para la vida social apenas si necesitamos otras leyes ni otros preceptos que los que precisan las grullas ó las hormigas en la suya, quienes, sin erudición ni ciencia, se conducen de un modo ordenadísimo. Si el hombre fuera sensato, miraría las cosas según la mayor ó menor utilidad que procurasen á su individuo. A considerar cada hombre por las acciones y desórdenes que realiza, encontráranse más excelentes y en mayor número entre los ignorantes que entre los sabios en toda suerte de virtudes. Valía más la antigua Roma, así en la paz como en la guerra, que la Roma sabia, causa de su propia ruina; y aun suponiendo que en todo lo demás fuera idéntica, la hombría de bien y la inocencia pertenecieron á la antigua, pues ambas cualidades sólo se avienen con la sencillez. Mas dejando á un lado este punto, que me llevaría más lejos de lo que pretendo, añadiré únicamente que sólo la humildad y la sumisión engendran los hombres de bien. No es posible dejar al albedrío de cada individuo el conocimiento de su deber; es preciso prescribirselo, no dejarlo á la elección de cada cual. De otro modo, considerando la variedad infinita de opiniones y razones, nos forjaríamos leberes que nos llevarían á devorarnos los unos á los otros

1. ¿Resiste el ignorante con menos impetu las embestidas del amor? HORACIO, *Epod.*, 8, v. 17.

2. Así estarás exento de enfermedades y flaquezas; así te librarás de preocupaciones y de sufrimientos, y el destino bienhechor te concederá una vida más dilatada y feliz. JUVENAL, XIV, 136.

como dice Epicuro. La primera ley que Dios impuso al hombre fué la de una mera obediencia; una orden sencilla y sin complicaciones en que el individuo nada tuviera que conocer ni que cuestionar, pues el obedecer es oficio propio de el alma razonable que reconoce un ser celeste, infinitamente superior y bienhechor. De la obediencia y la sumisión nacen todas las demás virtudes, como de la rebeldía emanan todos los pecados. La primera tentación que experimentó la humana naturaleza por mediación del demonio, el primer veneno, nos fué inoculado por la promesa de ciencia y conocimiento: *Eritis sicut dii, scientes bonum et malum*<sup>1</sup>; las sirenas, para engañar á Ulises y llevarle á sus peligrosos lagos, según Homero refiere, ofreciéronle también el don de la ciencia. El tormento humano es la sed de saber; he aquí por qué la religión católica recomienda tanto la ignorancia, como el único camino de obedecer y creer: *Cavete ne quis vos decipiat per philosophiam et inanes seductiones, secundum elementa mundi*<sup>2</sup>. Los filósofos de todas las sectas convienen en que el soberano bien reside en la tranquilidad del alma y del cuerpo, ¿pero dónde encontrarla?

Ad summum, sapiens uno minor est Jove, dives,  
Liber, honoratus, pulcher, rex denique regum;  
Præcipue sanus, nisi quum pituita molesta est.<sup>3</sup>

Diriase que la naturaleza, para consuelo de nuestra condición miserable y caduca, sólo nos dió como patrimonio la presunción; así lo afirma Epicteto: «Nada hay en el hombre que le pertenezca de una manera cabal sino el uso de su raciocinio»: humo y viento sólo constituyen nuestro patrimonio. Dice la filosofía que los dioses participan de la salud en esencia y de la enfermedad en inteligencia; el hombre, inversamente, posee los bienes imaginativamente, y los males esencial y materialmente. Por eso hicimos bien en avalorar las fuerzas de nuestra fantasía, pues todos nuestros bienes no son más que sueños. Ved una muestra del orgullo de este calamitoso animal: «Nada hay, dice Cicerón, tan dulce como la ocupación de las letras, por virtud de la cual, la infinidad de las cosas, la inmensa magnitud de la naturaleza, los cielos, la tierra y los mares nos son descubiertos; ellas son las que nos enseñaron la religión, la moderación, la grandeza de ánimo; las que arrancaron nuestra alma de las tinieblas, para mos-

1. Os asemejaréis á los dioses, que conocen la ciencia del bien y el mal. *Génes.*, III, 5.

2. Cuidad de que nadie os seduzca con las argucias de la filosofía, ni con sutilezas vanas y engañosas según las mundanales doctrinas. *SAN PABLO, ad Coloss.*, II, 8.

3. Superior á los demás mortales el sabio se considera poco menos que un Júpiter; es rico, libre y hermoso, y todos le rinden homenaje; es rey de los reyes, y para colmo de dicha goza de excelente salud, á no ser que la pituitaria le moleste con una secreción demasiado abundante. *HORACIO, Epist.*, I, 1, 606.

trarla todas las cosas altas, bajas, primeras, últimas y medias; las letras nos procuran los recursos de vivir dichosamente y hacen que transcurra nuestra vida sin dolores ni pecados. » Creeríase que es del dios vivo y todo poderoso de quien así se habla. Y si consideramos los efectos, mil mujercillas de aldea vivieron una existencia más sosegada, dulce y tranquila que la suya :

Deus ille fuit, deus, inclute Memmi,  
Qui princeps vitæ rationem invenit eam, quæ  
Nunc appellatur Sapiëntia; qui que per artem  
Fluctibus e tantis vitam, tantisque tenebris,  
In tam tranquilla et tam clara luce locavit<sup>1</sup> :

palabras hermosas y llenas de magnificencia; mas, sin embargo, un accidente bien ligero puso el entendimiento del que las trazó<sup>2</sup> en estado más lamentable que el de un pastor, á pesar de ese dios tan decantado y de su divina sapiencia. De la misma descarada presunción es lo que promete Demócrito cuando dice: «Voy á hablar de todas las cosas», y el ridículo título que Aristóteles aplica á los hombres cuando los llama « dioses mortales », y la opinión de Crisipo sobre Dion, de quien decía que igualaba á Dios en virtud; Séneca dice que, si bien debe á Dios la vida, de su individualidad exclusiva depende el bien vivir. Idea orgullosa, análoga á ésta: *In virtute vere gloriamur; quod non contingeret, si id donum a deo, non a nobis haberemus*<sup>3</sup>. Séneca asegura también que la fortaleza del sabio es la misma que la de Dios, sólo que trasplantada en la humana debilidad, por donde el Hacedor nos supera. Tan temerarios principios abundan de un modo estupendo. Á ningún hombre ofende tanto el verse comparado con Dios como contemplarse deprimido en el mismo rango que los demás animales, prueba evidente de que guardamos mayor celo por el propio interés que por el de nuestro Creador.

Es preciso pisotear esta vanidad estúpida, y sacudir de una manera viva y arrojada los ridículos fundamentos en que se basan tan falsas opiniones. En tanto que el hombre crea poder disponer de alguna fuerza, jamás reconocerá lo que á su dueño debe; sus ilusiones no tendrán limites, menester será presentarle al desnudo. Veamos primeramente algún ejemplo de su filosofía: Dominado Posidonio bajo

1. Sin duda fué un dios, ¡oh noble Memnio! quien habló el primero de esa comprensión admirable de la vida que nosotros llamamos sabiduría; quien con arte prodigioso sacó la vida de los mares agitados y de las impenetrables tinieblas la luz serena y clara. *LUCRECIO*, V, 8.

2. Lucrecio, que en los versos precedentes habla tan pomposamente de Epicuro y su doctrina: Un brebaje que le suministró su mujer, ó su amada, trastornó tan fuertemente su razón que la violencia del mal no le dejó sino algunos intervalos de lucidez, que aprovechó para componer su poema, llevándole por fin al suicidio (*Crónica de EUSEBIO.*) (C.)

3. Con razón nos enorgullecemos de nuestra virtud, lo que no sucedería si la hubiéramos recibido de un dios y no de nosotros mismos. *CICERÓN, de Nat. deor.*, III, 36.